

James y Nora Joyce: dos biografías

Adriana Sandoval

reitera la política de lanzamiento internacional de una nueva generación de narradores latinoamericanos. Continuando sus viajes de promoción editorial, Carlos Barral hace contacto con muchos países hispanoamericanos. Cabe recordar entre otros muchos, sus viajes a México, las relaciones personales con Max Aub, Díez Canedo, Ramón Xirau y con lo que él llama la "generación de los hispanomexicanos": Andrés Segovia, Nuria Parés, Luis Rius, Angelina Muñiz, José Emilio Pacheco y el antropólogo Vicente Genovés. Y el recuerdo del "viejo Ateneo español, de ajadas cortinas y desvencijadas sillas" (p. 149). Carlos Barral incluye en su relato con elegante contención los graves problemas laborales en los que se vio involucrado. El editor catalán alude con gran altura y dignidad "la lucha entre los Seix contra los Barral" (p. 101), y "la agonía de la crisis de Seix Barral" (p. 117). Al fin la ruptura con la editorial propia que continuaría llevando el "apellido industrial" que, de hecho, sólo a él le pertenecía. Luego, el difícil comienzo de la nueva editorial Barral Editores —que usaba como distintivo los delfines de Arión—. En la nueva empresa trabajaron muy desinteresadamente "los exiliados de la editorial sustraída" (p. 163), Felix de Azúa, Javier Fernández de Castro, Rosa Regàs, Père Gimferrer, etcétera. *Cuando las horas veloces* sorprende por el rigor y la maestría en la captación de la vida española de los años sesenta y setenta, espejo fiel de la trayectoria personal y profesional del autor. Ahí están la política editorial española e internacional, o la política de la época. La participación de Carlos Barral en polémicas y debates, pero siempre como telón de fondo la sincera confesión de faltas y errores que el agudo memorialista siempre se atribuye y culpa.

Junto con Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral es uno de los personajes clave de la evolución de la cultura, la literatura y la poesía española de la segunda mitad del siglo veinte. Acaba de cumplirse el primer aniversario de la muerte de Carlos Barral, acaecida en Barcelona el día doce de diciembre de 1989. Poeta, navegante y editor pasará a la posteridad con un apretado haz de méritos propios y como el autor, el poeta lúcido y brillante de un espléndido ciclo de *Memorias*. ♦

Carlos Barral. *Años de penitencia. Memorias I*. Alianza Editorial, Madrid, 1982 (Alianza Tres, 13). *Los años sin excusa. Memorias II*. Alianza Editorial, Madrid, 1982 (Alianza Tres, 86). *Cuando las horas veloces. Memorias*. Tusquets Editores, Barcelona, 1982 (Colección Andanzas, 80).

La monumental biografía de James Joyce, escrita por Richard Ellman, ha encontrado su pareja en la biografía de Nora Barnacle, escrita por Brenda Maddox. De la misma manera en que James Joyce y Nora Barnacle se amaron y acompañaron, estas dos biografías son dos eslabones de la misma cadena.

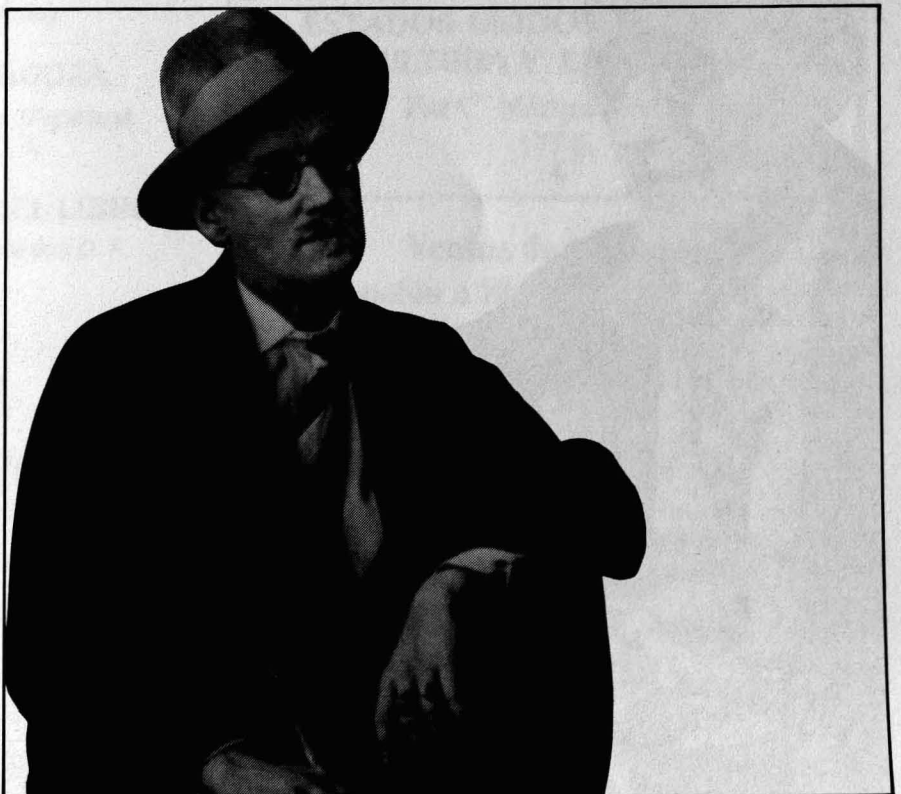
La biografía escrita por Ellman, aparecida por primera vez en 1959 y reimpressa, con revisiones, en 1976, en 842 páginas, es producto de una investigación académica y sensible donde hay un ir y venir incesante de la vida a la obra de Joyce, que arroja luz a ambas. Ellman tuvo a la mano documentos fundamentales para la elaboración de su libro y pudo recurrir aún a numerosos amigos y familiares que conocieron a Joyce. Tenía, además, la disciplina del académico, del historiador, aunada a una patente sensibilidad de un estudioso y amante de la literatura, en particular, de la literatura irlandesa.

En el libro de Ellman, titulado, simplemente *James Joyce*, resulta evidente la importancia que Nora tuvo para el escritor irlandés; pero no es ella, naturalmente, su

principal foco de atención. Sin embargo, lo que sobre la mujer de Joyce recopiló y escribió Ellman apunta ya a una mujer excepcional y de gran interés. En estas postimerías del siglo veinte, con los estudios sobre mujeres ya en pleno apogeo, no asombra que a la periodista Brenda Maddox le haya interesado la figura de Nora, tanto por su relación con el excepcional escritor como por ella misma. Además, en la literatura de Joyce la importancia de la presencia de las figuras femeninas es indiscutible. Como señala Maddox, con la excepción de *El retrato del artista adolescente*, *Ulysses* y *Finnegans Wake* terminan con una voz femenina.

Cuenta Maddox que, al inicio de su proyecto, Ellman consideraba que el material disponible probablemente no se prestara para una biografía de Nora. El excelente estudio que abarca 472 páginas demuestra lo contrario. La muerte impidió a Ellman leerla.

Maddox amplía y profundiza en aspectos que Ellman apenas señala. La autora incluye facetas de la relación entre Nora y Joyce que Ellman omite. Ambas biografías, por tanto, resultan complementarias.



James Joyce

Uno de estos importantes aspectos es, por ejemplo, la relación sexual entre Nora y Joyce. Según Maddox, Nora tomó la iniciativa, para la sorpresa de Joyce, en sus primeros escarceos eróticos, cuando ella trabajaba como camarera en un hotel de Dublín. Asimismo, en una de sus raras separaciones, Nora fue la primera, en la correspondencia entre ambos, atenta a las sugerencias implícitas de Joyce, en empezar a escribir lo que entre los estudiosos de los papeles joyceanos se conoce como las *dirty letters*. Como el propio Joyce confiesa, ella llega a superarlo en imaginación y audacia. Ellman rescata las líneas más poéticas y sentimentales de las cartas, dice Maddox, pero elude el lenguaje directamente sexual, capaz de abochornar a muchos lectores, que ciertamente ilumina un lado relevante de la vida de esta pareja y, en particular, la actitud del escritor irlandés hacia el erotismo.

Otro de los aspectos que Ellman soslaya son los giros marcadamente sexuales de la locura de Lucía Joyce, hija de James y Nora, y se centra, como es comprensible, en cómo afectó al escritor la enfermedad de la joven. Nora padeció vívida y directamente los ataques, incluso físicos, de su hija. Una mujer con los pies bien puestos sobre la tierra, se percató pronto de la locura de su hija e intentó que Joyce aceptara el hecho.

Según Ellman, Nora no sabía cocinar. Maddox disiente. Encuentra testimonios en el sentido contrario y apunta que en muchas ocasiones las salidas de los Joyce a tomar sus alimentos se debían más al tipo de alojamiento, sin cocina, en el que frecuentemente vivieron. Resulta asombrosa la cantidad de veces que los Joyce se mudaron, no sólo de ciudad, sino de casa. A veces los cuartos estaban amueblados, otras no, en cuyo caso rentaban algunos muebles. En parte los frecuentes problemas económicos los obligaban a mudarse, pero incluso cuando gozaban de periodos más desahogados, liaban bártulos. Ellman escribe, por ejemplo, que a menudo Joyce escribía sentado en una silla sin brazos, apoyándose en una maleta, dentro de la cual guardaba sus papeles. Nora, ya viuda, continuó con la tendencia y se siguió mudando.

La inestable situación económica de los Joyce, como en muchas parejas, fue una fuente constante de tensiones y discusiones, incluso de intentos de separaciones. Nora se desesperaba ante la no rara amenaza de lanzamiento de parte de varios de sus numerosos caseros. Aun cuando Joyce no ingería alcohol durante el día, tendía a hacerlo después de la cena, en ocasiones en exceso. Éste era, naturalmente, otro motivo de pleitos entre la pareja.

Ellman señala la distancia que Nora tenía con respecto a la escritura de su marido. El propio Joyce se quejaba de que a su mujer no le importaba su literatura. La apreciación es inexacta. Nora sabía de memoria casi todos los poemas de *Chamber Music* y, si bien es cierto que no leyó ni *Ulysses* ni *Finnegans Wake*, escuchó la lectura que de muchas partes se hizo en su casa y apreció la musicalidad de las palabras. A Joyce le desagradaban, cabe señalar, las mujeres intelectuales.

A juzgar por las dos biografías, Joyce tuvo dos centros fundamentales en su vida: la literatura y Nora. Ambos se complementaban, aunque no se mezclaban. Nora es sin duda un modelo constante de los personajes femeninos en la literatura de Joyce: su manera de hablar, de escribir —sin puntuación, sin pausas, en un continuo fluir de conciencia—, sus recuerdos de Galway, sus experiencias, su vitalidad. Nora le dio a Joyce una importante ancla en la tierra, con su sentido común natural y relación directa con las cosas. Tenía, además, un carácter fuerte, con un buen sentido del humor. Los que la conocieron la recuerdan como una mujer muy atractiva con una agradable voz.

Maddox aclara un malentendido en relación con el funeral de Nora, en Zurich. Según Ellman, para Marie Jolas, una amiga cercana de los Joyce, el sacerdote que ofició en el entierro la clasificó como una "gran pecadora", en alusión a los largos años que vivió sin casarse con Joyce y a los años que pasó alejada de los ritos católicos. Maddox escribe que en los entierros en Suiza es frecuente citar a Goethe, y el de Nora no fue una excepción. El sacerdote leyó la plegaria a la virgen, un fragmento del *Fausto* de Goethe, donde aparece la frase "gran pecadora", sin intenciones ulteriores.

La biografía de Ellman termina poco después de la muerte de Joyce, en Zurich, en 1941. De los sobrevivientes de la familia Joyce que Ellman registra, hoy sólo queda Stephen Joyce, nieto de James. Maddox, naturalmente, sigue a Nora hasta su fin. Después de la muerte de su marido, Nora elige permanecer en la ciudad misma del deceso, Zurich, donde diez años después, en 1951, ella fallecería. Aún después de muertos, Joyce y Nora se mudaron una vez más. Inicialmente, la tumba de ella no quedó contigua a la de Jim, pero años después, en 1966, los dos cuerpos se unieron una vez más, ahora al parecer, finalmente. ♦

Ellman, Richard. *James Joyce*. Londres: Oxford University Press, 1976. Maddox, Brenda. *Nora Joyce*. Nueva York: Ballantine Books, 1988.



James Joyce